

## LA FAMA COMO FUNDAMENTO DE LA OBRA HISTÓRICA DE SALUSTIO

por NOELIA TORRES

De la Sección Lenguas Clásicas de la Facultad de Filosofía y Educación, U. de Ch.

Al analizar la obra de Salustio desde un punto de vista historiográfico, viendo cuáles fueron los motivos que lo llevaron a escribir las *res gestae*<sup>1</sup> del pueblo romano, debemos hacerlo necesariamente desde diversos ángulos. Efectivamente, al leer los escritos salustianos nos encontramos con que el propio autor nos señala, en forma más o menos directa, varias de las causas que lo llevaron a emprender esta tarea. En primer lugar en la *De Catilinae Coniuratione* (iv, 3, 4) coloca: "Contaré la conjuración de Catilina... *pues considero este acontecimiento especialmente memorable por la novedad del delito y del peligro*". Y en la *Bellum Iugurthinum* (v, 1): "Escribiré la guerra que el pueblo romano sostuvo con Yugurta, *primeramente porque fue importante, cruel y con una victoria tornadiza*".... Es decir, en la una habría sido lo novedoso del crimen y del peligro en que estuvo la República, en la otra las alternativas de una victoria caprichosa, favorable unas veces a las armas romanas, adversas otras, las razones más inmediatas de nuestro autor. Detengámonos un momento en ellas. Los dos episodios elegidos por Salustio ofrecían indudablemente momentos llenos de dramatismo que debían atraer a un espíritu como el suyo. No fueron en verdad "momentos cruciales" de la historia romana como el propio Salustio y Cicerón creyeron ver, por ejemplo, en la conjuración catilinaria, pero sí un campo propicio para quien supiera extraer todo lo que ellos contenían. En la *Coniuratio* la siniestra figura de Catilina, el fondo sombrío de sus compañeros, las reuniones secretas, la actuación de la plebe, la traición de los delegados alóbroges, los discursos de Catón y César, las vicisitudes de Cicerón y la batalla final en Pistoya; en la *Bellum Iugurthinum* la figura no menos extraña de Yugurta, las de Mario y Metelo, la pugna entre los dos partidos, las diversas batallas, la traición de Boco; son todas ellas páginas que nos muestran claramente todo el arte dramático de nuestro autor, maestro en la descripción de caracteres, pero impregnado a la vez de una sobriedad poco habitual. Es el suyo un dramatismo sobrio, que pasa por alto los detalles truculentos, "aquellos crudos pormenores en que un espíritu vulgar suele buscar los mayores efectos" (Blümmer, citado por J. M. Pabón. *Conjuración de Catilina*). Así, por ejemplo, nada nos dice en la *Bellum* sobre la triste suerte

corrida por Yugurta, ni se explaya sobre los asesinatos de los príncipes Adherbal e Hiepsal y es asimismo bastante escueto en la *Coniuratio* al narrarnos la muerte de los conjurados en el *Tullianum*. No olvidemos a este respecto que el propio Cicerón, en carta a su amigo el historiador Luceyo (*Ad Familiares* v), lo invita a narrar la conjuración de Catilina con el simple propósito de axaltar su consulado, insinuándole todos los recursos dramáticos a que ello daría lugar.

A esta motivación de tipo dramático va unida otra que en la *Bellum Iugurthinum* aparece a continuación de la ya mencionada. Es bastante significativa: "...Luego porque entonces por primera vez se hizo frente a la soberbia de la nobleza". Salustio hace aquí hincapié en algo que varios autores modernos han considerado como fundamental en su obra histórica: una antipatía no velada frente a la nobleza, que haría que sus obras se convirtieran en verdaderas diatribas contra esta clase.

En realidad, tanto en la *Mellum* como en la *Coniuratione*, los optimates aparecen en una situación bastante desmedrada. Son ellos, los forjadores antaño de la grandeza de Roma quienes, llevados por la "ambición" de poder, la "codicia" y el "deseo de lujo" ("ambitio", "avaritia", "luxuria"), han encaminado a la urbe hacia su decadencia moral<sup>2</sup>. Ellos, los que al ver desaparecida a su temible rival Cartago, se han dejado llevar por un "descanso" ("otium") no forjador de cosas buenas, sino de luchas interminables por el poder. Son ellos, los que han permitido en último término, que aparezcan individuos como Catilina, son ellos los que se han rendido miserablemente frente al oro del nómada Yugurta, desprestigiando las armas romanas; ellos, en fin, los que han llevado a la República, antes sostenida por la "virtud" ("virtus"), a una situación realmente lamentable.

El papel que le cupo a la nobleza en ambos episodios no fue, históricamente hablando, de los mejores. Así durante los 6 años que duró la guerra yugurtina (111-105 a. C.), muchos romanos comprados por el oro de Yugurta, manifestaron su oposición a la declaración de una guerra que era justificable a todas luces; otros, como el consular M. Emilio Escauro, pactaron con el propio príncipe terminando vergonzosamente.

samente la guerra. Luego, en el proceso que se abrió en Roma a instancias del tribuno de la plebe C. Mamilio Limetano en contra de los nobles que de alguna u otra manera habían colaborado con Yugurta, muchos de ellos, bien porque se sentían culpables, bien porque temían ser víctimas del odio de los populares, hicieron lo imposible por impedir su aprobación, lográndose a duras penas la renovación de la guerra.

Con todo, Salustio es también severo para criticar la actuación de la plebe y, más propiamente, del partido popular. La rivalidad de las dos fuerzas antagónicas, senatorial y popular, que venía prolongándose hacía ya tanto tiempo, encontró aquí la mejor ocasión para manifestarse, y fue tan enconada la lucha que sus protagonistas se olvidaron a menudo de los intereses de la patria, preocupados solamente de sus propios fines. Salustio lo dice claramente: "Pero es algo increíble de recordar cuán enérgica estuvo la plebe y con cuánto vigor sancionó el proyecto, más por odio hacia la nobleza, a la que preparaban males, que por desvelo hacia la república, tanta pasión existía entre los partidos" (XI, 3). De acuerdo a esta ley fueron desterrados tres importantes personajes, pero otra figura, tanto o más comprometida que los otros, no fue tocada. Nos referimos a M. Emilio Escauro, que fue nombrado nada menos que integrante de la comisión que tendría a su cargo la investigación de este asunto. El porqué de este nombramiento es cosa algo oscura. Fuera como fuere, el partido de los populares no intentó mayores cosas y se conformó con que la nobleza siguiese adelante con la prosecución de la guerra. Bajo el mando de Quinto Cecilio Metelo, el futuro Numídico, el conflicto siguió un curso relativamente normal, empañado solamente por la rivalidad que surgió entre este general y su lugarteniente Mario. Mario, valiéndose de los medios más reprobables (que no aparecen disminuidos en Salustio), logró que la plebe, junto a los caballeros, le otorgasen nada menos que el consulado. Salustio es bien preciso para indicar que en esta ocasión tampoco valieron las cualidades personales o guerreras de los candidatos, sino que todo se reducía a un juego de partidos: "La nobleza del general, que antes aparecía como un adorno, fue entonces motivo de odio; en cambio, el origen humilde del otro (Mario) le granjeaba el favor (popular). Por lo demás tanto en uno como en otro más influenciaba el afán partidista que sus buenas o malas cualidades (LXXIII, 4). Los plebeyos y los caballeros dieron, pues, el triunfo al "homo novus", que como coronación de todo recibió el mando del ejército del Africa, a despecho de la decisión del Senado que había prorrogado recientemente el mando a Metelo. Mario, ayudado brillantemente por el en-

tonces joven cuestor Sila, terminó la prolongada guerra. Es interesante observar que Salustio, en ningún momento, resta mérito a la gran valentía y tacto diplomático de que dio muestras, en esas circunstancias, el aristocrático Sila. Esto es tanto más notable cuanto que en la Coniuratio pinta a la dictadura silana como uno de los peores períodos de Roma, sobre todo, por la decadencia moral que ella produjo. Y llega a tal extremo su imparcialidad, que podemos decir que la figura de Sila opaca en las últimas páginas de la *Bellun* a la de Mario, como queriéndonos insinuar algo en que todos los historiadores modernos están de acuerdo: que la actuación de éste, frente a las de Metelo y Sila, fue bastante mediocre.

Pasemos ahora a la Coniuratio. Los cambios que había venido sufriendo la República durante los últimos cien años, el encumbramiento político de los populares, el menoscabo del poder por parte del Senado, la rivalidad entre diversas figuras más o menos relevantes, la relajación de las costumbres, unido todo ello a la grave situación económica por la que atravesaba Roma hacia la mitad del siglo I a. C., habían dado origen a una serie de movimientos subversivos tendientes a conseguir el poder. La conjuración de Catilina (año 63) fue uno de ellos.

Salustio en su obra, la primera de todas, arremete lanzas contra la nobleza que —según él— no tenía ya ningún punto de contacto con aquella aristocracia de los tiempos antiguos que tan grandes hombres había dado a Roma. Ahora, hundiéndose cada vez más, no ofrecía más exponentes que un Catilina, el criminal, el faccioso, ocupado sólo de apoderarse de la República para satisfacer sus viles fines.

Pero en la conjuración catilinaria —al igual que en la guerra yugurtina— no solamente actuó la nobleza. Si bien es cierto que en el movimiento participaron —sobre todo, en sus primeros momentos— hombres pertenecientes al orden senatorial ("Allí concurrieron del orden senatorial P. Lentulo Sura..."); al ecuestre ("además del orden ecuestre M. Fulvio Nobilior...") y a la nobleza provincial ("y también muchas de las colonias y municipios, nobles en su tierra"); luego entraron a él personas de toda índole social, incluso mujeres (XVIII, 3; XXIV, 3). En cambio, hubo muchos nobles que apoyaron decididamente las gestiones del "homo novus" Cicerón, tendientes a quitar a Catilina de en medio y a hacer abortar la conjuración.

El programa catilinario, tampoco puede considerarse como totalmente aristocrático, como podemos confirmarlo leyendo los capítulos XXI, 2 y XXXII, 2. Vamos que se prometían nuevos registros (o sea, la abolición de deudas), lo que indicaba que sus favorecidos eran gente de posición, ya que sin crédito era

imposible conseguir prestado dinero; pero al lado de ello se sostenía el destierro de los ricos, de los poderosos; se prometían cargos de todo tipo y se alentaban rapiñas, incendios, asesinatos. Era, en resumidas cuentas, un plan demagógico que sólo trataba de atraer hacia la conjuración el mayor número posible de gentes.

Pero no se puede desconocer el hecho de que detrás de todo ello y especialmente detrás del apoyo dado al movimiento por las clases más bajas, latía una verdad muy amarga: la grave crisis económica producida por las guerras de expansión mediterránea. Crisis cuya consecuencia más inmediata había sido la lenta desaparición de la clase media campesina y su integración a la ociosa plebe urbana, presta a favorecer cualquier movimiento que le significase alguna ganancia de orden material. A Salustio no se le escapa este factor económico-social como causa importante del apoyo dado por la plebe a la conjuración catilinaria y así nos lo manifiesta en varias ocasiones (xvi, 4; xx; xxviii, 4; xxxiii).

Sin embargo, el fin último de la conjura de Lucio Sergio Catilina era algo totalmente distinto: conseguir el consulado para su propia persona. Cansado éste de pedirlo legalmente sin ningún éxito (lo había intentado ya cuatro veces) decidió recurrir a los últimos extremos. Pero la débil organización del movimiento, su carencia de un programa político bien definido, la inclusión de toda clase de elementos antagónicos, unido todo ello a la traición de algunos de sus partícipes, hicieron que la conjuración fracasara. Consciente de ello, Salustio en ningún momento intenta darle a Catilina un carácter de redentor político. Para él era sólo el digno representante de una nobleza en decadencia a quien la práctica constante de los peores vicios —estimuladas a su vez por las malas costumbres reinantes— había llevado a los extremos más funestos. Pero tampoco esta visión negativa de su personaje le hace cerrar completamente los ojos y así, a la muerte de Catilina, ocurrida durante la batalla de Pistoya, tiene palabras no exentas de admiración para la valentía demostrada por éste.

Es, pues, evidente que estas dos obras poseen una inspiración antipatricia. Salustio eligió dos episodios de la historia de Roma que, considerándolos dentro de un marco histórico amplio, no tienen una gran importancia. Como la conjuración de Catilina hubo otros movimientos subversivos, hijos de la difícil situación económica que imperaba en esos tiempos, pero que no encontraron ni un Cicerón ni un Salustio para ser immortalizados; y la guerra numídica, librada contra un oscuro rey zuelo bárbaro, tampoco era mayormente importante. Pero en ambos episodios la no-

bleza jugó —como era obvio por lo demás— su papel: el movimiento catilinario fue originariamente aristocrático; la guerra contra Yugurta un acontecimiento en que muchos personajes pertenecientes a los altos estratos tuvieron una triste figuración, y Salustio se fijó bien en estos detalles. El, que siempre militó dentro del partido de los populares, no podía sentir mayor simpatía por sus contrarios y ya que en el foro la suerte le fue tan adversa, buscó por otros caminos una salida a sus enconos. Pero como hemos visto, no es totalmente subjetivo y nos da en muchas ocasiones pruebas de la más estricta imparcialidad<sup>3</sup>. Al alemán Ed. Schwartz, quien es el principal autor de la tesis anteriormente expuesta, se le debe también otra opinión: para él las obras de Salustio y, muy en particular, la *Coniuratio Catilinae*, tendrían un fin muy especial. De acuerdo a su parecer, la *Coniuratio* sería una respuesta a una obra póstuma de Cicerón —llamada "De Consiliis suis"— en la que éste acusaba violentamente a Julio César y a Marco Craso de haber apoyado a Catilina, tanto en las elecciones consulares del 64, como en sus otras maquinaciones. O sea, que la *Coniuratio* sería de hecho una contra-*invectiva*. No se puede desconocer que en el fondo de esta obra existe cierto afán de librar a César de cualquier sombra que pudiese afectar su reputación, lo que bien mirado nos parece más bien una muestra de gratitud de nuestro autor hacia la persona del gran general, que tanto le ayudó a través de su vida pública. Se pueden citar algunos pasajes: al narrar la primera conjuración catilinaria (la del año 66), en la que se ha establecido con toda seguridad que tuvieron activa participación César y Craso, Salustio no nombra en ningún instante al primero, sí al segundo (xix, 1). En la *Conjuración del 63*, en la que Craso aparece nuevamente citado, Salustio salta a la palestra con una defensa de César, que está, sin embargo, totalmente fuera de lugar, sobre todo, si consideramos que su participación en esta conjuración no estaba de ninguna manera comprobada.

Uno de los principales detractores de esta tesis es el italiano Ettore Bignone, quien opina que si la *Coniuratio* hubiera sido una respuesta al opúsculo ciceroniano, lo más lógico era que hubiera adoptado también la forma de una *invectiva* y no se hubiera revestido de la apariencia de un relato de *res gestae*, en el que por lo demás no se alude jamás al *De Consiliis*. Además la figura de Cicerón es presentada de manera bastante satisfactoria, elogiosa muchas veces, lo cual tampoco era necesario en una obra que debiera haber estado destinada a desprestigiar o, por lo menos, a aminorar la figura del cónsul y su actuación durante la conjuración del 63. Por otro lado, la "de-

fensa de las actuaciones de César” es, en realidad, tan mínima que casi no tiene importancia. Sólo una vez se lanza Salustio a defender ardientemente a su protector, como ya vimos más arriba, y en otro capítulo nos hace un elogio de la figura de César, paralelamente a la de Catón, que dentro de la obra no tiene mayor justificación.

Después de estudiar la obra de Salustio hemos llegado a la conclusión de que fue especialmente otro factor el que llevó a nuestro historiador al campo de la historiografía<sup>4</sup>. Ello sin desmerecer en nada las tesis más arriba expuestas, ya que ellas también son valaderas aunque —a nuestro parecer— en menor grado. Creemos que el motivo fundamental fue una idea que a primera vista puede parecer algo trivial, pero que en el contexto salustiano aparece con toda su importancia: la idea de la fama, de la gloria. Es decir, que Salustio se dedicó a los trabajos históricos para hacerse famoso. Es innegable que esto le preocupó siempre muchísimo y para confirmarlo nada más fácil que remitirse en primer lugar a su propia vida.

Hijo de una familia plebeya enriquecida llegó muy joven desde su Sabinia natal a Roma para recibir educación. Según las noticias que nos han llegado adquirió profundos conocimientos que le sirvieron especialmente en el futuro, ya que una serie de aventuras amorosas y luego su dedicación a la cosa pública le apartaron por un tiempo de los intereses literarios.

Desde que tuvo la edad adecuada dirigió sus pasos a la política, atraído por la secuela de honores que a ella seguía. Y aunque allí, como él mismo lo confiesa, tropezó con numerosos obstáculos que iban especialmente contra su modo de pensar<sup>5</sup> su “débil juventud (edad), corrompida por la ambición” lo retenía allí. Alrededor de los 30 años de edad (55 ó 54 a. C.), obtuvo el cargo de cuestor que daba entrada al Senado y servía de escalón para llegar a las otras dignidades. El 52 a. C. fue nombrado por el partido de los populares tribuno de la plebe, tocándole participar en forma activa en los acontecimientos que siguieron a la muerte del demagogo Clodio. Pero como parece que se sobrepasó en demasía en sus arengas contra personajes encumbrados, comprometidos en la muerte de Clodio, tuvo que afrontar, con su compañero de tribunado una acusación “de vi”, vale decir, una acusación por el empleo de violencia. El 50 estuvo en Siria como “legatus pro quaestore” y ese mismo año, bajo pretexto de su vida inmoral, fue expulsado del Senado. Hacia esa época comenzó una fuerte amistad con Julio César, quien logró que Salustio fuese nuevamente nombrado cuestor, con el fin de poder reingresar al Senado. Bajo la protección de César trató nuestro sa-

binio de abrirse un camino en el campo de las armas; con ese fin le encomendó el futuro dictador algunas misiones guerreras en su lucha contra Pompeyo. Desgraciadamente en ninguna de ellas logró algún éxito, y aún en una ocasión en que sus pocas condiciones militares y diplomáticas casi lo tuvieron a las puertas de la muerte, sólo logró escapar gracias a la intervención de César. Casi al finalizar la guerra contra los pompeyanos la fortuna se apiadó del frustrado guerrero, que alcanzó un merecido éxito al apoderarse de la isla de Cercina, almacén de provisiones de los pompeyanos. Ello le valió, después de Tapsos (46 a. C.) ser nombrado “proconsul cum imperio” de la recién nombrada provincia de Africa Nova. Pero su triunfo no fue duradero. Su codicia —lado flaco de Salustio— se manifestó en forma tan desmesurada que hacia el 45 debió regresar a Roma para afrontar una acusación “de repetundis” (vale decir, Apropiación ilegal de bienes ajenos), que le formularon sus administrados. Nuevamente fue César quien le salvó de la prisión, mediante el pago de la no despreciable suma de un millón doscientos mil sestercios. El asesinato de su protector el año 44 le cerró definitivamente las puertas de la política y con ello, su deseo de hacerse un nombre a través de ella.

Desengañado de la política, de la carrera militar, del foro (en el cual también había tratado inútilmente de triunfar), pero no cediendo en su deseo de gloria, ni queriendo terminar tampoco su vida en un “ocio” estéril, volvió sus ojos a los abandonados estudios de su adolescencia. Y en sus “horti sallustiani” —los famosos jardines que pasaron más tarde a ser propiedad de los emperadores— se dedicó, finalmente, a cultivar las facultades de su espíritu, que había comprendido, era lo único verdadero y eterno. Es así como llegó a los trabajos históricos, que entre todas las demás actividades del espíritu, le parecían, en sus tiempos, las mejores y más recomendables, ya que todas las magistraturas y mandos militares sólo traían consigo desasosiego, odio, inseguridad. Evidentemente, hay amargura en las palabras de Salustio, cuando nos refiere esto, pero debemos alegrarnos que todo ello le haya inducido a entregarse finalmente a las letras, pues de otra manera ni habríamos conocido al eximio escritor que llegó a ser, ni su nombre se habría hecho inmortal.

Es muy significativo que Salustio comience el prólogo de su primera obra, la “De Coniuratione Catilinae”, con palabras dedicadas a la fama: “Conviene a todos los hombres que se afanan por elevarse sobre los demás animales, *esforzarse con todo su poder para no pasar la vida en silencio*, como el ganado, al que la naturaleza forjó inclinado a tierra y obediente al

vientre" (I, 1) y que también en el prólogo de la "Bellum Iugurthinum" sea ésta su principal preocupación: "Porque si los hombres se preocupasen de las cosas buenas con el mismo afán con que buscan las cosas ajenas, inútiles y aún peligrosas, regirían al azar más que serían regidos por él, y alcanzarían tal grandeza que, gracias a la gloria, se convertirían de mortales en eternos" (I, 5); "Así la belleza, las grandes riquezas, la fuerza corporal y demás cosas semejantes, desaparecen rápidamente, pero los grandes hechos del espíritu, así como el alma, son inmortales" (II, 2); "Por lo que es más de admirar la depravación de aquellos que dedicados a los deleites del cuerpo, pasan la vida en el lujo y en la molicie, dejando embotarse por falta de cultivo y por indolencia la inteligencia, lo mejor y más importante de la naturaleza humana; sobre todo, que son tantas y tan variadas las actividades del espíritu mediante las cuales se puede alcanzar la más alta fama" (II, 4).

Como puede verse, para Salustio es indispensable y fundamental que todo hombre que se precie de tal supere su estado físico, que lo asemeja a los animales y, utilizando los recursos de su espíritu, de su inteligencia que lo asemeja a los dioses, se eleve y deje un recuerdo lo más duradero posible de su breve paso por la tierra. Para aquellos hombres que pasan su vida dedicados sólo a los placeres del cuerpo, sin cultivar su espíritu, Salustio tiene frases duras: los considera verdaderos "peregrinos" ("peregrinantes") de la vida, además de estimar que obran contra la naturaleza. Su muerte, al igual que su vida, debe ser totalmente ignorada, no mencionada en absoluto. Para él, vive y disfruta de su espíritu, en el sentido total de la palabra, sólo aquel que "dedicado a alguna actividad busca la fama por medio de algún hecho glorioso o de una conducta noble". (Coniur., II, 9). Tanto en la Coniuratio como en la Bellum acentúa el hechos de que la gloria no ha de buscarse a través de las riquezas, hermosura o fuerzas corporales, ya que todas ellas son pasajeras, sino por medio de los hechos de la inteligencia ("ingenium"), que son como el alma, inmortales.

Fuera de los prólogos de la Coniuratio y de la Bellum, vemos que esta idea reaparece en varias otras ocasiones. Así, dentro de la Coniuratio, al recordar los primeros tiempos de Roma nos cuenta cómo el deseo de gloria llevó a los ciudadanos, después de sacudir el yugo de los reyes, a engrandecer rápidamente su ciudad (VII, 3). Igualmente al hacer el retrato paralelo de Catón y César, su común denominador va a ser la fama: por qué y cómo fueron ilustres (LIV). En la Bellum Iugurthinum los principales personajes también van a tener un común denominador: la gloria: Yugurta "apetente de gloria militar" (VII, 1); Mario

"solamente ávido de gloria" (LXIII, 2); Sila "deseoso de deleites, pero más de gloria" (xcv, 3).

Por todo lo anterior creemos que esta idea de la fama es esencial para considerar las razones que movieron a Salustio a escribir res gestae. Lo vemos fundamentar su vida, justificar sus acciones, y hasta nos atreveríamos a decir que algunas de sus tachas más innobles, cual es la exacción cometida en Africa Nova, son dables de justificar, puesto que pese a ellas, Salustio, supo elevarse como él mismo decía que debería hacerlo un verdadero hombre. El, que toda su vida anduvo en busca de la fama, pero que la buscó por caminos errados, sólo la encontró al final de su vida en una de las actividades que cuando joven había abandonado, obsesionado por su ambición política: en el relato de las res gestae. Y la admiración que despertó ya en la misma Antigüedad es prueba de que esta vez había acertado el camino para alcanzar su ideal.

## NOTAS

<sup>1</sup>Hacemos notar que en ninguna de sus dos monografías emplea Salustio el término "historia" para referirse a los hechos pasados, sino que "res gestae". Sólo en su última obra lo hace y esta vez como título: "Historiarum libri quinque".

<sup>2</sup>Es interesante observar que Salustio ve los acontecimientos especialmente desde un punto de vista moral, lo que ha llevado a algunos autores, como H. Drexler, a considerarlo como el principal fin de la obra salustiana.

<sup>3</sup>Entre los más importantes detractores de esta tesis podemos mencionar a G. Funaioli, W. Bährens y H. Drexler.

<sup>4</sup>E. Bignone. (*Historia de la literatura Latina*, edición española) ha señalado la importancia de la idea de la fama en relación a una mejor comprensión de Salustio en el plano psicológico, pero no como fundamento de sus trabajos históricos.

<sup>5</sup>No interesa aquí opinar sobre la sinceridad de Salustio al escribir estas palabras.

## BIBLIOGRAFIA

1. BIGNONE, ETTORRE: *Historia de la literatura latina*. Rd. Losada. B. Aires, 1952.
2. BIGNONE, ETTORRE: *Storia della letteratura latina*. Vol. Terzo. G. C. Sansoni Editore. Firenze.
3. FUNAIOLI, GINO: *Sallustio*, en *Enciclopedia Italiana*, T. xxx, Roma, 1936-44.
4. FUNAIOLI, GINO: *Sallust*, en *Paulys Real-Encyclopadie*, pág. 1915, Stuttgart, 1920.
5. PABÓN, JOSÉ MANUEL: *Conjuración de Catilina*. Clásicos Emerita, Madrid, 1945.
6. PABÓN, JOSÉ MANUEL: *Cayo Salustio Crispo. Catilina y Yugurta*. Vol. I. Col. Hispánica de autores griegos y latinos, Barcelona, 1954.
7. SCHWARTZ, EDUARD: *Die Berichte über die catilinarische Verschwörung*, 1897.
8. SCHUR, WERNER: *Sallust als Historiker*, Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart, 1934.
9. SALUSTIO: *Conjuration de Catilina, Guerre de Yugurtha, Fragments des Histoires*. Librairie Garnier, París, Texto bilingüe.